

LUZ DE ETERNIDAD



• AÑO XLII • N.º 152 • SEVILLA 2009 •



a colección sevillana *Ángaro* de poesía, publica un nuevo libro poético del escritor andaluz Daniel Pineda Novo.

Luz de eternidad, y no puede decirse que sea un libro más dentro de la amplia trayectoria del autor. Prologado por el poeta Francisco Garfías, se compone de una serie de poemas nacidos de una intensa y entrañable interioridad que el prologuista subraya desde el comienzo: “es una evocación, un recuerdo de los seres queridos del poeta; recuerdos que no se agotan nunca, y que Daniel Pineda los recrea, los vuelve a su niñez, a su juventud”, para concluir que los dos motivos del título, la luz y la eternidad, se derraman envolviéndolo todo en un afán expansivo de la memoria. Y es que estos poemas de Pineda presentan una intencionada trabazón que se inicia en el título, que se prolonga con las dos hermosas citas acerca de la pervivencia de la imagen materna, citas que a su vez se corresponden con dos de los poemas que más admira Daniel, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, para luego entregarnos el breve poemario que desenvuelve la materia con iluminada esperanza y fe activa, mediante imágenes que recuperan el tiempo pasado, sin conceder nada a lo elegíaco, sino con una proyección futura que colma sus versos en el gozo de lo que fue pero también de lo que pervive en la herencia familiar compartida.

El libro se abre con una breve semblanza de los dos progenitores, tan distintos en sus vidas y actividades, un padre con una profesión de médico que ejerce con fervorosa dedicación y con amplias relaciones y

reconocimientos; en cambio la madre, más entrañable y predilecta, es “una señora ejemplar, que educó con amor y ejemplo a sus numerosos hijos”, dotada de cualidades de bondad y cristiana humanidad. Una oposición genérica que recuerda la radical diferencia en los matrimonios de las pasadas décadas en los que la mujer no tenía historia fuera del recinto familiar. Pero esta información necesaria se fortalece líricamente eligiendo el poema breve, con tendencia al despojamiento de la retórica y en el que domina el sentimiento y el acto de la memoria, la gran facultad humana, aspectos que reverdecen en los tres poemas que actúan de marco y preámbulo: “Comienzos”, “Reconstruir mi casa en la memoria” y “Niñez y juventud”. El primero, “Comienzos”, instaura el espacio, el pueblo y la tierra del sur, el amor del hogar, en un ámbito amplio que se reduce en el siguiente poema a lo familiar: “Reconstruir mi casa en la memoria”, un canto a las alegrías de la infancia, con sus magias y sus juegos, y la adolescencia y la juventud con el encuentro con la poesía, pero también a las tristezas, marcadas por la dura posguerra, el internado y el alejamiento de los padres. Sin embargo el poema se reduce al final, se libera de lo negativo de la evocación de los juegos infantiles en el mismo espacio rememorado: “Reconstruir mi casa en la memoria / es revivir mi ser de aquellos años”, con lo que domina la imagen del paraíso perdido. Y se cierra la triada con “Niñez y juventud” que recoge las imágenes aupadas de los padres, marcadas por la muerte y el paso del tiempo, aunque con una poderosa inflexión en ese sujeto poético que recibe su herencia, pues de ambos provienen los bienes: si la luz, la sensibilidad y el latido humano provienen de la madre, en cambio del padre, médico humanista, proviene el conocimiento (“Yo estudié en su despacho, y aún muy joven, / en su amplia, escogida biblioteca”). Un poema éste que acaba acunándose en un latido de nostalgia, “Mi pasado –tan cerca–, mi niñez, / mi dura adolescencia reprimida”, en la conciencia de que es imposible el retorno del paraíso “al írseme los seres / que yo más he querido en esta vida”.

A partir de este comienzo el poemario se entrega como un homenaje a la madre en siete poemas, forjados no solo por la evocación de la memoria sino por la reviviscencia de

los sentidos, muy especialmente la vista y la sensorialidad del tacto en “Mi madre”, semblanza que arraiga en la vida y en lo natural; como también “En el recuerdo”, que traspone su imagen activa, viva, sensible, abnegada “como un ángel de amor sobre la Tierra”; o “Te veo”, que ofrece de ella la imagen del ángel tutelar de la familia. O “En el patio”, en el que domina la luminosidad del recinto como marco de su actividad. A su lado “De tu sangre...” evoca los valores de lo femenino al usar términos como “cuerpo”, “amamantado con sus senos”, para prevalecer la voluntad del poeta (“haré que tu memoria no se olvide”). En cambio “Oigo su voz” evoca el sonido, es un soneto a la madre que permanece en la imagen auditiva, que fue “luz en calma” y “Me entregó la belleza de su alma, / haciéndome soñar con ser poeta”. Como vemos, estos poemas están fuertemente enlazados con la propia actividad del sujeto poético, pues al trazar la historia materna diseña también la historia propia de su existir.

El final de esa trayectoria reside en tres poemas, “Entierro”, “Mi padre” y “Me acerqué al cementerio”, y lo son en distinta medida, pues el primero marca la ausencia y muerte de la madre y lo que significó para una infancia solitaria (“contigo se me iba ya la vida”) en un ámbito de noche cerrada. Significativamente al padre le dedica un solo poema que reconoce su valía, aunque esté exento del don especial de la luz atribuido a la madre. Por eso el soneto “Mi padre”, se despliega en términos como “recto”, “trabajador”, “médico ejemplar”, “sencillo”, “liberal”, “dialoga con todos”, “enamorado de la ciencia”, “clara inteligencia”, que ejercen claramente una polaridad con los anteriores. El poemario se cierra en la repercusión de esas imágenes en el sujeto lírico mediante el poema “Me acerqué al cementerio...”. Ante la tumba de sus padres, los evoca vivos en la mente, “Ahora creo / que pasado y futuro juntamente, / sagrados deben ser para el poeta...”. Este cierre cumple un itinerario, clausura el recorrido y a la vez marca la poética más precisa, la entrañada en la sangre y en el hacer del poeta. *Luz de eternidad* se suma entonces a esa larga trayectoria poética de Daniel Pineda Novo como la entrega más recóndita y necesaria.

Carmen Ruiz Barrionuevo.
Catedrática de Literatura,
Universidad de Salamanca.